

Cristián Pérez, "A 45 años de la visita de Fidel Castro: reflexiones sobre su efecto en la izquierda chilena", *Estudios Públicos* 148 (2017).

COMENTARIO

NO MURIÓ DISPARANDO SINO DISPARÁNDOSE*

Sofía Correa Sutil

Universidad de Chile

RESUMEN: En este comentario, su autora plantea que no es evidente que Fidel Castro haya venido a Chile en 1971 a apoyar la vía chilena al socialismo, pues, en el contexto de la Guerra Fría, el triunfo de este modelo habría significado el fracaso del modelo cubano. Conjetura, sin embargo, que es posible que la permanencia de Castro, con su visita a bases militares, haya tenido por finalidad que Chile cambiara su fuente de abastecimiento militar, hacia una provisión soviética.

PALABRAS CLAVE: Salvador Allende, Fidel Castro, vía chilena al socialismo, Guerra Fría, URSS.

HE WENT DOWN FIRING, BUT ONLY AT HIMSELF

ABSTRACT: *The author of this commentary argues that it is not obvious that Fidel Castro travelled to Chile in 1971 to support the Chilean way to socialism, since in the context of the Cold War the triumph of this model would have meant the failure of the Cuban one. She surmises, though, that Castro's stay and his visits to military bases might have been aimed at inducing Chile to switch to the Soviet Union as its military supplier.*

KEYWORDS: *Salvador Allende, Fidel Castro, Chilean way to socialism, Cold War, USSR.*

SOFÍA CORREA SUTIL. Historiadora. D.Phil. en la Oxford University. Académica de la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile. Email: scorrea@derecho.uchile.cl.

* Versión revisada de los comentarios realizados a la conferencia del historiador Cristián Pérez titulada "A 45 años de la visita de Fidel Castro: reflexiones sobre su efecto en la izquierda chilena", presentada en el Centro de Estudios Públicos, el martes 6 de diciembre 2016.

Tanto la convocatoria de este seminario del Centro de Estudios Públicos como la presentación del historiador Cristián Pérez, que me han pedido comentar, me llevan a plantear un contrapunto entre la llamada vía chilena al socialismo y la Revolución Cubana, concebida esta última como un proceso revolucionario permanente, siempre inacabado, siempre realizándose; que es también un contrapunto entre Salvador Allende y Fidel Castro y lo que cada uno de ellos encarna como figura política para las izquierdas.

A diferencia de lo que ha planteado Cristián Pérez, quien interpreta la visita de Fidel Castro a Chile en noviembre-diciembre de 1971 como un apoyo explícito por parte de Castro al proceso revolucionario chileno y a Salvador Allende en particular, yo pienso que ambas figuras y ambos procesos se contraponen y contradicen entre sí, y además tienen efectos divergentes en las fuerzas políticas de izquierdas. No obstante, comparto con Cristián que todo análisis sobre estas relaciones debe hacerse teniendo en cuenta el contexto de Guerra Fría en que se movían las piezas.

Veamos.

Cuando Castro llega a Chile para iniciar su larga visita de casi un mes, durante el cual recorre todo el país de norte a sur, ya es evidente que él preside una férrea dictadura que se ha alineado con la URSS en medio de la Guerra Fría. Una dictadura que es socialista en la medida en que está inserta en esa conflagración internacional, pues su confrontación fundamental es con los Estados Unidos, potencia con la cual Cuba tiene una larga historia de desencuentros. Una dictadura tan personalista, tan centrada en la figura de Fidel Castro, que no se puede desoír el eco de otros dictadores populistas de este continente, tan prolífico en tales figuras. En fin, una dictadura que es el fruto inevitable de la revolución, es decir, de la imposición del nuevo régimen por la fuerza de las armas, y de su permanencia por la fuerza. Castro no tolera la crítica y la oposición: ya para 1971 ha quedado en evidencia con la crueldad desplegada en el caso Padilla.

A pesar de todo ello, la admiración que Castro despertaba en la izquierda chilena de 1971 no había sufrido merma alguna. Estudiantes universitarios, ya nos lo relató Cristián Pérez, lo elevaron al pedestal de oráculo de la revolución, y como a tal le solicitaban su juicio sobre el proceso chileno, preguntándole si éste era revolucionario o era refor-

mista. Obviamente Castro no es un teórico de la revolución ni del marxismo, sino que un hombre de acción, de los hechos consumados, un intuitivo del poder. Aun así, cual oráculo, Castro sentenció velando en el misterio su respuesta: el proceso chileno era revolucionario aunque “insólito”. Es que Fidel Castro no comparte la vía institucional al socialismo, no le parece posible, lo dijo en su acto de despedida en el Estadio Nacional, y por lo demás culmina su visita afirmando que volvía a Cuba más revolucionario que nunca.

Resulta entonces adecuado situar a Salvador Allende como la alternativa a Fidel Castro en el continente, en cierto sentido más que lo fuera Frei como se suele afirmar; es decir, como una alternativa para las izquierdas. La idea no es original mía, la tomo prestada de Alfredo Jocelyn-Holt, quien ha planteado este contrapunto, haciendo notar que, en medio de la Guerra Fría, Allende y no Castro fue la figura a imitar por las izquierdas de la Europa Occidental. Siendo así, ello relegaba a Fidel Castro como un personaje tercermundista, atractivo pero ajeno en estas otras tradiciones políticas.

Allende, bien sabemos, era un producto del sistema político chileno, sólidamente institucional y electoral. Había hecho su vida política en el Senado, había aprendido allí a negociar y convencer, se había construido una fama de hábil político, diestro en su “muñeca”, la que le aseguraba salir airoso en las distintas batallas parlamentarias, la que le había permitido aunar en torno a su figura a los dos partidos centrales de la izquierda chilena, y en la que confiaba para negociar los apoyos de sus opositores demócratacristianos. Incluso, si miramos su programa de gobierno desligado de la retórica revolucionaria, un ejercicio puramente intelectual en primera instancia, luego haremos la combinación; repito, si revisamos sólo su programa para la vía chilena al socialismo, encontraremos en él pocos elementos revolucionarios, quizás ninguno: para estatizar los yacimientos de cobre recurrió al Congreso Nacional, el cual aprobó por unanimidad su nacionalización; para tomar control de la banca recurrió a la compra de acciones, es decir al mercado; con la Papelera intentó la misma fórmula, y no forzó otra; en cuanto a las tres áreas de la economía, una de propiedad estatal, otra mixta y otra privada, ello no era muy distinto a lo que se venía haciendo con las empresas Corfo desde hacía más de tres décadas. Adicionalmente a lo antedicho, hay que destacar la negativa de Allende de entregarles armas

a los sectores del Partido Socialista y del MIR que se las pedían para hacer de la vía chilena una vía revolucionaria, de lucha armada por el control del poder total. Allende entendió que ello significaba llevar al país a una confrontación civil, a la guerra civil o a extensas masacres, y decididamente lo evitó. En su discurso final no llamó a sus seguidores a las armas, y no murió disparando sino disparándose.

Pero, por cierto, la Unidad Popular no fue solamente un programa en el papel, consistió también en una retórica revolucionaria y en acciones de ruptura del sistema institucional, las que en conjunto amenazaron la sobrevivencia de sus opositores, quienes terminaron uniendo fuerzas en su contra. Eso, supongo, era parte del proceso chileno que Fidel Castro caracterizó como revolucionario aunque “insólito”. Sectores del Partido Socialista y el MIR no confiaban en la vía institucional que había construido Allende. Éste intentó cooptarlos, neutralizarlos, otorgarles pequeños espacios de poder, como lo era su guardia personal (GAP, Grupo de Amigos del Presidente), utilizando también con ellos su “muñeca” política.

Y habría logrado tal vez contenerlos si no hubiera sido por la configuración de los cordones industriales: éstos sí de carácter revolucionario. Todo comenzó en abril de 1971 con la toma de la fábrica textil Yarur, que no estaba considerada entre las industrias estratégicas que debían pasar al área social, es decir estatal. Obreros vinculados al MIR y al Partido Socialista, con el apoyo de dirigentes partidistas e incluso de ministros de Estado, sobrepasando la voluntad presidencial se tomaron la fábrica, e instalaron comités de obreros para dirigirla a la par del interventor del gobierno. El resultado fue el control obrero de la empresa. El modelo fue replicado en numerosas industrias; las organizaciones obreras que de allí surgieron, inéditas en la historia sindical chilena, fueron conocidas como los “cordones industriales” que, sin claridad respecto a si estaban o no armados, constituyeron de hecho una experiencia revolucionaria, que sobrepasaba sin disimulo el orden institucional. Al igual que lo hacían las tomas de predios rurales.

Por otra parte, estimo que también constituyó una ruptura del orden institucional, menos evidente por cierto, el haber ideado y aplicado los “resquicios legales”, un ingenio del profesor de derecho de la Universidad de Chile, Eduardo Novoa Monreal, quien recientemente ha sido homenajeado en aquella escuela con una sala en el decanato que

lleva su nombre. En efecto, los “resquicios legales” simulaban respetar la legalidad vigente en la medida que hacían uso de leyes promulgadas por la dictadura de Dávila durante la llamada República Socialista de 1932, que permitían requisar industrias y establecimientos comerciales para asegurar el abastecimiento de la población. Al constituir un simulacro de legalidad, generaron en la oposición desconfianza respecto a las verdaderas intenciones de Allende cuando aseguraba que respetaba y respetaría el orden institucional, la democracia liberal chilena. Al quebrarse las confianzas no fue ya posible asentar en terreno sólido ninguna negociación política seria, lo que contribuyó a debilitar a Allende, sobre todo frente a los sectores más radicalizados de la izquierda que presionaban por asegurar la vía revolucionaria. Así pues, el modelo de los resquicios legales sostenía al modelo de los cordones industriales y constituían en conjunto la dimensión revolucionaria del proceso chileno.

Quizás Fidel Castro, que ignoraba las sutilezas de nuestra historia política, no alcanzó a percibirlo. Probablemente, Allende lo vio con mucho mayor claridad. Por eso tal vez pudo comprender que un plebiscito sobre las tres áreas de la economía, que se visualizaba como la salida institucional a la crisis política, no iba a desarmar al conjunto de fuerzas revolucionarias, que contra su voluntad se iban haciendo del proceso chileno; por eso tal vez Allende demoró tanto la decisión, apostando por su capacidad de maniobrar políticamente, pensando que aún tenía margen para persuadir, negociar, cooptar.

Queda en el aire la pregunta por el futuro. ¿La izquierda chilena de hoy podrá hacerse heredera del proyecto de Allende de construir una sociedad con mayor igualdad recurriendo a la vía institucional, política, democrática, electoral? Lo contrario sería dejarse llevar por la emoción revolucionaria y apostar a una ruptura de la institucionalidad, sobrepasándola con resquicios y acciones directas para sumirse en un proceso revolucionario que mediante el uso de la fuerza intente el control total del poder, con fatales consecuencias.

Por último, para finalizar, no puedo dejar de preguntarme por el sentido de la larga visita de Castro a Chile. Por lo que acabo de argumentar, no me convence la explicación desarrollada por Cristián Pérez, es decir, que el viaje y la prolongada estadía de Castro en nuestro país tuvieron por propósito apoyar a Allende y su vía institucional. Ya me he

explayado planteando que a mi juicio el triunfo del modelo de Allende era la derrota de Castro. Entonces, ¿qué sentido tiene esta visita? Me permito sacar algunas conclusiones diferentes a partir de la misma exposición que ha hecho Cristián Pérez.

Señala en ella que Castro, acompañado por una numerosa comitiva, recorrió todo Chile de norte a sur, reuniéndose con estudiantes y obreros en actos de masas. Pero, ¿sólo con ellos? Nos informa que, además, junto a Allende navegaron los canales del sur en un barco de guerra, y que presenciaron un ejercicio militar de soldados alpinistas en la zona austral. No olvidemos que Castro es una figura militar, un comandante. A la información anterior, agrega Cristián Pérez que Castro apoya a Allende en su política con respecto a las Fuerzas Armadas, consistente en lograr que éstas aceptaran la renovación del equipamiento militar con armamento de procedencia soviética. Sabemos que la Unión Soviética no estuvo dispuesta a financiar la vía chilena al socialismo, que hacia 1971 no pretendía replicar la experiencia cubana en el continente americano, pero, por lo visto, sí estaba dispuesta a penetrar Latinoamérica a través de la venta de armamentos. De hecho, así lo hizo pocos años después con Perú bajo Velasco Alvarado.

Cristián Pérez nos ha explicado que el apoyo de Castro a la política militar de Allende se materializó en varias visitas de generales chilenos a Cuba para presenciar allí maniobras militares, realizadas con equipamiento soviético obviamente; que posteriormente, el comandante en jefe del Ejército chileno, acompañado de otros generales, va directamente a la URSS a conocer el material de guerra que se les estaba ofreciendo y que habían visto en demostración en Cuba; y que el agregado aéreo de la embajada chilena en Londres también viaja a la URSS para ver allí los aviones de guerra y visitar las bases aéreas. Al parecer, las Fuerzas Armadas chilenas quedaron convencidas de la calidad del armamento soviético que se les entregaría, puesto que, afirma Cristián Pérez, en julio de 1973 zarpa desde la URSS hacia Chile un barco con tanques, vehículos blindados de apoyo a las tropas, armas y personal técnico militar. Este barco soviético no llegó nunca a Chile, nos informa, porque el asesinato del edecán naval del Presidente Allende, a fines de julio de ese año, habría cambiado “la correlación de fuerzas” al interior de la Fuerzas Armadas. (No puedo dejar de pensar que nunca se ha sabido con certeza quién(es) y por qué asesinaron al edecán naval).

Me pregunto, ¿no habrá sido la búsqueda del cambio de la fuente de abastecimiento de material militar para las Fuerzas Armadas chilenas el motivo de la larga visita de Castro, recorriendo el país de norte a sur? ¿Recorriendo unidades militares, bases navales y aéreas? Me pregunto, ¿qué consecuencias tuvo al interior de las Fuerzas Armadas este intento de giro en la fuente del abastecimiento militar? ¿En qué medida esta nueva alineación de fuerzas en plena Guerra Fría precipitó el golpe?

Dejamos, pues, este comentario planteando muchas interrogantes. Hemos querido aportar una mirada diferente para complementar, y en ocasiones también contradecir, la exposición de Cristián Pérez, con el propósito de seguir deliberando sobre nuestro pasado reciente, con miradas diferentes, a veces complementarias, a veces contrapuestas, que nos permitan recoger la experiencia histórica para así poder abordar el futuro político con racionalidad y búsqueda de entendimiento, como la mejor manera de construir una sociedad para todos, sin exclusiones. *EP*